

El café literario en Colombia: símbolo de la vanguardia en el siglo XX.

Brigitte König¹

[bri.koenig@t-online.de]

El café como lugar público de reunión tiene una larga historia en Europa. Al comenzar el siglo XX surgieron algunos en este continente, convirtiéndose en centros de tertulias literarias. En el ambiente de estas tertulias nacieron ideas políticas, culturales, literarias de vanguardia y también correspondientes a obras de literatura. Casi lo mismo ocurrió en América Latina. Este artículo estudia los Café Literarios en Colombia, especialmente en Bogotá; describe el desarrollo histórico de estos Café, sus tertulias, así como las generaciones y grupos que en ellos se reunían. Analiza la importancia que tuvieron, como lugares de nacimiento de ideas de vanguardia, para el progreso político y cultural en general y para la literatura colombiana. Nombres como Germán Arciniegas, Alberto Lleras Camargo, Ricardo Rendón, León de Greiff, Gabriel García Márquez, para nombrar sólo algunos pocos, no se les podría rememorar sin mencionar su presencia en los Café bogotanos como el *Windsor*, el *Asturias*, el *Automático* y otros. Así el Café Literario se convirtió en un símbolo de vanguardia en el siglo XX. La tradición de estos lugares se extinguió en Europa como en Latinoamérica, alrededor de 1950.

Palabras clave: Colombia. Café Literario. Vanguardismo. Literatura. Historia. Política. Cultura

The literary cafés in Colombia: symbol of the Twentieth-century avant-garde

Brigitte König

The café (or coffee-house) as a public meeting place has a long history in Europe. From the beginning of the Twentieth Century many cafés became established as centers of literary circles within which political, cultural and avant-garde literary ideas were born, as well as literary texts. The same occurred in Latin America. This essay studies the literary cafés of Bogotá and describes their historical development, and the literary circles and generational groups that met there. It analyzes the importance they had as sites of avant-garde ideas for both general political and cultural progress, as well as for Colombian literature. Names such as Germán Arciniegas, Alberto Lleras Camargo, Ricardo Rendón, León de Greiff, and Gabriel García Márquez, to name but a few, and all most important figures in the political and cultural life of the country, cannot be thought of without their presence-sometimes continual-in such Bogotá cafés as the "Windsor", the "Asturias", and the "Automático." Thus the literary café has become a symbol of the Twentieth-Century avant-garde. The tradition of the literary cafés, in both Europe and Latin America, came to an end around 1950.

Keywords: Colombia. Café Literario. Avant-garde movement. Literature. History. Politics. Culture.

Introducción

Desde hace algunos años hemos estado observando un fenómeno muy extraño: Mientras que la gente lleva una vida cada vez más aislada, surfing en el Internet en vez de comunicarse cara a cara, estudiosos de diversas disciplinas enfocan un sitio clásico de comunicación directa donde siempre se han tratado no solamente asuntos privados, sino también culturales y políticos: el café. Numerosos trabajos han salido al respecto en Europa, por ejemplo: Ulla Heise (1996), *Kaffee und Kaffeehaus. Eine Bohne macht Kulturgeschichte.* (El café y el Café. Una planta hace historia cultural.) La autora describe en su libro el desarrollo del consumo de café en Europa, desde el siglo XVI hasta el XX, y los establecimientos donde se consumía y se consume la bebida. Resulta que los cafés funcionaban como lugares lujosos, centros de debates políticos, focos de rebeliones, salas de concierto, talleres literarios, y muchas cosas más, a veces también reemplazaban a la patria chica, incluso la casa misma.

En casos extremos como en el del escritor Peter Altenberg en Viena, los autores pasaban el día entero en el café, e incluso se les enviaba el correo allá. Particularmente famosos fueron los cafés literarios donde se reunían regularmente los miembros de las tertulias literarias para leerse recíprocamente sus últimos textos y para discutir sobre los desarrollos novísimos de la literatura. Otra publicación importante es el libro *Literarische Kaffeehäuser. Kaffeehaus-literaten.* (Cafés literarios. Literatos de Café.), editado en Viena por Michael Rössner, quien escribió también la introducción y la síntesis. El volumen reúne estudios sobre los cafés literarios de varias ciudades europeas y latinoamericanas, entre ellos el mío sobre los cafés literarios de Bogotá, vistos desde la perspectiva crítica literaria y lingüística. Cafés como el Café Central en Viena, A Brasileira en Lisboa, Café Pombo en Madrid, Café Sélect y Café Flore en París, Café Florian en Venecia o Café Größenwahn, que quiere decir “Café Megalomanía”, en Berlín, siguen siendo lugares míticos de la literatura.

Esta contribución se ocupa del café literario en Bogotá como símbolo de vanguardia, enfocando principalmente los años veinte, pero echando también una mirada a las tres décadas siguientes. A modo de nota preliminar hay que precisar lo que se entiende en el presente contexto bajo el concepto de café literario. Es aquel café donde literatos de toda índole – poetas, cuentistas, cronistas, periodistas, ensayistas, escritores hablando en general – celebran regularmente, mejor dicho, diariamente, su tertulia, estando así en continuo intercambio espiritual, y esto a plena vista del público en el café. También sea explicado brevemente el concepto de vanguardia, como se entiende aquí: Con buena razón, este concepto ha sido definido por la crítica literaria en un sentido muy restringido -para no dejar lugar a dudas de lo que se habla en el campo literario: “es el nombre colectivo para las diversas tendencias artísticas (los llamados ismos) que surgen en Europa en las primeras dos décadas del siglo veinte”[2].

Los llamados ismos eran por ejemplo el futurismo, el expresionismo, el dadaísmo, el ultraísmo, el surrealismo y encadenaban otros ismos en Latinoamérica como como el estridentismo, el concepcio-nismo etc. En este sentido, los llamamos también las «vanguardias históricas». En el presente contexto se parte, en cambio, de la antigua semántica militar y se entiende el concepto de «vanguardia» como sinónimo de combatiente de avanzada, y esta definición implica, naturalmente, al lado de la vanguardia literaria, también la política, artística, etc., es decir, la entendemos, en un sentido más general, como la vanguardia cultural que se adelanta a sus contemporáneos para romper con lo viejo y luchar por lo nuevo.

1 Desarrollo de los cafés en Colombia

Los llamados cafés literarios también existían en América Latina. Últimamente se han investigado los de Buenos Aires, de Sao Paulo, de Montevideo, de México Ciudad. En todas estas ciudades existieron Cafés desde finales del siglo XVIII o principios del XIX, y allí se reunían políticos, actores, bailarines, jugadores de ajedrez, periodistas y – literatos. ¿Cómo fue la cosa en Colombia?

1.1 El país cafetero sin café

Colombia representa un caso muy curioso: A mediados del siglo pasado, cuando en Europa ya se bebía café desde hacía doscientos años, los colombianos todavía rechazaban decididamente ese “impúdico brebaje”, como José María Vergara y Vergara lo denominaba en sus famosas “Tres tazas”.^[3] Y hacia 1900, cuando el café de Colombia ya fue el producto principal de cultivo, las cifras de exportación subiendo continuamente, las ventas nacionales se mantenían en un nivel muy inferior. Igual que el producto café, también el sitio café se introdujo en Colombia en general y en su capital Bogotá con bastante atraso. Alrededor de 1890 cuando en Europa los lugares gastronómicos llamados “café” – de muy diferentes decoraciones interiores y exteriores, dicho sea de paso – ya existían desde algunos siglos no había en Colombia ninguno que mereciera esa denominación. Es verdad que había establecimientos gastronómicos de múltiple índole pero no se trataba de cafés típicos sino más bien de bares, tiendas, piqueteaderos.

1.2 La Gruta Simbólica, tertulia de transición

Las tertulias – también las tertulias literarias – se reunían en casas particulares. En 1900 se dió además un especial motivo para una vida retraída: la Guerra de los Mil Días con los consecuentes alborotos, toque de queda e inseguridad general. Luís María Mora describe, en sus *Croniquillas de mi ciudad*, la atmósfera que reinaba en aquel entonces en la ciudad:

“La violencia de los históricos, después del 31 de julio, había hecho de la vida bogotana una larga pesadilla, con su ruido constante de esposas en las cárceles, con la arrogancia de los esbirros en las calles. Ni diversiones ni teatros había, y aun las relaciones sociales se habían relajado mucho a causa de la división de los colombianos entre dos bandos terribles que se debatían con singular arrojo en los campamentos”^[4].

A raíz de esta situación se fundó una tertulia literaria que en su tiempo fue caracterizada como “asociación de payasos”^[5], sobre la que se sonríen nuestros críticos contemporáneos^[6] y que a veces es rechazada desdeñosamente como testigo de la “tradición de la pobreza” de la literatura colombiana cuyos autores escribirían textos

insoportables llenos de un retintín monótono[7]; se trata de la Gruta Simbólica. Fue un grupo de poetas, artistas y literatos que se reunía durante las horas de toque de queda para recitar versos, improvisar sainetes, epigramas, sonetos y otros géneros poéticos y, dicho sea de paso, para tomar ron. El más famoso de ellos fue Clímaco Soto Borda (1870 - 1919), el “príncipe del epigrama y de la risa”, “rey y señor del chiste y del gracejo”[8] quien dondequiera iba diseminando primorosos juegos verbales. En su juventud un cachaco mundano y elegante, parecía en los últimos tiempos, no cumplidos los cincuenta años, un anciano sucio y abandonado. Aquí no queremos evaluar esta tertulia bajo aspectos poetológicos o estéticos sino como una especie de piedra miliar en el camino hacia el Café Literario.

Es verdad que también la Gruta Simbólica igual que otras tertulias celebraba sus sesiones en casas particulares – la mayoría de las veces en la caserona de -Rafael Espinosa Guzmán – pero se trataba ya de tertulias semipúblicas, porque se admitían huéspedes no miembros del círculo que asistían a las sesiones en número cada vez mayor, a medida que crecía la fama de la Gruta, y también porque estaba presente la prensa que publicaba los textos escritos durante las sesiones de la tertulia o preparados para ella.

Es decir que la Gruta Simbólica puede considerarse como fenómeno de transición de las tertulias privadas hacia las públicas en el café, y también bajo otro aspecto: Miembros de la Gruta se reunían además en diversos bares, cantinas, piqueteaderos de nombres tan prestigiosos como La Botella de Oro, La Rosa Blanca, La Cuna de Venus, La Gata Golosa. También La Gran Vía era muy frecuentada. En estos lugares los grutistas se preparaban para las sesiones de su tertulia, que transcurrían desde las 8 de la noche hasta las 6 de la madrugada, o las finalizaban allí con un fuerte plato de desayuno. Con eso quedó introducido el espacio público como sitio de encuentro. Dentro de pocos años sería el lugar de reunión permanente. La Gruta Simbólica existió hasta 1903, es decir, hasta el final de la guerra civil. Alberto Lleras Camargo la apreció desde la retrospectiva: “La «Gruta Simbólica», que pasó por ser un aquelarre sádico, no fue más que una tendencia a establecer un Montmartre entre nosotros”[9].

1.3 Los años veinte

El resultado más humillante y deplorado todavía hoy en día de la Guerra de los Mil Días fue la pérdida de Panamá. Dado que también los Estados Unidos estaban involucrados, las relaciones entre ellos y Colombia forzosamente se congelaron. Sin embargo, después de algunos años, los dos estados trabajaron con éxito por reanudar sus relaciones, y bajo la presidencia de Pedro Nel Ospina (1922–1926) Colombia obtuvo como indemnización por la pérdida de Panamá el pago de 25 millones de dólares. Esta suma, junto con elevados créditos además de un fuerte aumento de las importaciones de café por parte de los Estados Unidos, trajo consigo una bonanza sin par, la famosa «Danza de los Millones» que facilitó cambios fundamentales en Colombia. La nueva era brindó la electricidad para muchos hogares, los ferrocarriles, vías de tránsito, automóviles, en breve, muchas cosas que se pueden resumir bajo la palabra mágica de «progreso», entre ellas también los cafés.

1.4 El consumo de café en Colombia

Entretanto se hacían grandes esfuerzos por aumentar el consumo de café en el país. En la prensa se hablaba sobre los resultados que tendría un mayor consumo de café en Colombia:

“Suponga-mos que de nuestros seis millones de habitantes se lograra [...] que tan sólo dos y medio millones consumieran anualmente cinco libras por cabeza: esto representaría para el mercado interior cien mil sacos anuales, y el consumidor no habría gustado arriba de diez tazas al mes [...] supongamos en seguida que el número de consumidores no subiera, pero que cada cual aumentara su café a veinte tazas mensuales: aun es infima cantidad, y con ella tendríamos, no obstante, vendido en el país un número de sacos igual a la sexta parte de lo que últimamente se ha exportado” [10].

En el artículo “La negra y sutil bebida” CROMOS no solamente realiza ficticios cálculos estadísticos sino también ensalza las cualidades del café, llamando la atención de los lectores sobre sus benéficos efectos: “tiene la virtud de estimular convenientemente los nervios, mantener en lucidez y actividad las facultades mentales, reanimar los músculos, dar brios y buena disposición para el trabajo: es decir, tiene todas aquellas condiciones que tantísimos miles de personas buscan en licores y bebidas diversas con resultado negativo y con daño permanente de la salud” [11].

Incluso cita a Balzac quien también apreciaba mucho el café, para después proseguir: “Mandatos igualmente vivos y eficaces impone al cerebro del hombre científico, del comerciante, del universitario, del político, del industrial, del artista, del funcionario, la mágica bebida”[12]. Después, el artículo compara países de bajo consumo de café, entre ellos Colombia, con aquellos de alto consumo, como Argentina, Brasil, Estados Unidos, y justifica las evidentes ventajas que estos últimos tienen sobre Colombia con los efectos benéficos del café. Para corroborar su argumentación, el autor del artículo cita un diálogo que mantuvo con él un argentino que estaba de visita en Bogotá:

–“Dígame: aquí, en secretarías del Estado, en bancos, en ferrocarriles, ¿no pasan café a ninguna hora?

–No... aquí no hay costumbre de pasarle café a nadie.

–¡Caramba! ¿Y no se les adormecen los empleados?

–Pues... algo de eso hay, si señor”[13].

1.5 Los cafés

Pocos años después, el café se había impuesto también en Colombia y junto con él también los Cafés. Es verdad que hacia 1900 existieron sitios que ya se denominaban “Café”, pero se les reconocía su autoridad social recién en los años veinte[14]. Había cafés en todas las principales ciudades de Colombia. En Medellín, El Globo y La Bastilla tenían gran importancia para la vida cultural de Antioquia; eran focos de inteligencia y de genio y lugares de origen de importantes „internados de café“ de Bogotá. Para Barranquilla, se podría nombrar, por ejemplo, El Bodegón. En Bogotá surgieron muchos, entre ellos el Café Riviere, el Café Astor, el Café Pensilvania. Alberto Lleras Camargo, después de subrayar la importancia que tenía para los bogotanos la calle como “mercado abierto” donde vivirían la mayor parte de su tiempo, caracteriza los cafés como sigue:

“Apenas nos alejábamos de ella (la calle) para entrar a los puertos de cabotaje más cercanos, los cafés donde recalábamos por horas enteras, pero que no dejaban de ser parte integrante de esa corriente de la cual apenas nos separaban sus puertecillas movedizas, con persianas de madera, escotillas que dejaban ver los pies y las piernas de los transeúntes. En esos cafés, recintos casi sagrados de mi juventud, consumí muchas más horas que productos de los humildes negocios [...].Se tomaba, desde luego, café, mucho café, negro y amargo, y además [...] algún licor fuerte, whiskey, brandy, ron o aguardiente, o grandes jarros de cerveza negra o rubia, que llegaba en toneles, en grandes carros tirados por percherons imponentes. Aquello era barato, al alcance de nuestra pobreza.

Y aún así teníamos que firmar vales sin mucha cautela, que el dueño del establecimiento extendía a sus amigos por razones imprecisas que no tenían mucho que ver con la firmeza del crédito personal”[15].

2 El Café Windsor

El más famoso de los cafés fue el Café Windsor. Estaba ubicado en la calle 13, No. 7-14, cerca de los principales diarios y de las mejores librerías, de los centros políticos y de las instituciones más importantes de enseñanza superior. Se trataba de “un sitio agradable y bien decorado, de propiedad de los hermanos Agustín y Luis Eduardo Nieto Caballero”, con un público, “heterogéneo pero fino, principalmente de intelectuales”, cita Rodríguez Morales a Aída Martínez.[16] Estos propietarios e intelectuales eran, en primer lugar, miembros de los Centenaristas, de aquella generación que, por sentimiento y pensamiento patrióticos, querían superar el abismo que existía entre conservadores y liberales.

Compartían su café con ganaderos, hacendados y algunos sobrevivientes de la Gruta Simbólica. Sin embargo, de pronto conquistaron el local algunos jóvenes rebeldes que declararon abiertamente querer romper con todas las convenciones y tradiciones, tanto literarias como políticas. Los Arquilókidas causaron sensación entre sus contemporáneos y dominaban el ámbito del café con animados debates y discusiones. Gilberto Loaiza Cano dice en su fulminante obra *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura*[17]: “se encargaron de preparar en el café Windsor, el sagrado recinto sagrado de los 'centenaristas', la puesta en tela de juicio del capital intelectual legado por las viejas generaciones”[18].

Se trataba de un grupo heterogéneo, contituido por León de Greiff, Luis Tejada, Silvio Villegas, Ricardo Rendón, Hernando de la Calle, José Umaña Bernal, Juan Lozano y Lozano, entre otros. Los nombres de Silvio Villegas, el futuro líder del nacionalismo de derecha, y Luis Tejada, quien, en determinado momento, sería el jefe de la nueva intelectualidad socialista, dejan entrever las grandes diferencias ideológicas entre los miembros de este grupo. Estos jóvenes rebeldes e iconoclastas causaron terror e indignación en el campo intelectual y político. Cuando al cabo de pocos años la censura los puso en jaque mate se transformaron, junto con otros amigos, en el grupo de -Los Nuevos.

Ya sus contemporáneos discutían mucho sobre esta denominación y sus posibles miembros. En 1928, la revista Universidad de Germán Arciniegas publica, por ejemplo, un discurso que Hernando de la Calle – antiguo miembro de los Arquilókidas y hombre de “aparatoso elocuencia”[19] – había pronunciado un mes antes en Manizales.[20] En el mismo niega la existencia del grupo Los Nuevos y sobre todo la justificación de esta denominación de aquel pequeño núcleo de periodistas, escritores, poetas que solo representaría una pequeña parte de aquella generación de «hombres nuevos» en todos los campos de la ciencia, de la economía, de la jurisdicción etc. Estos habían de enfrentarse con las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, con el abrupto acoplamiento de Colombia, antes tan aislada, al mundo exterior. Los Nuevos se agruparon en 1925 alrededor de ese nombre y de su revista homónima. Ésta dejó de existir después de la aparición de cinco números ya. La tertulia de Los Nuevos se encontraba diariamente en el Café Windsor. Juan Lozano y Lozano recuerda: “Formábamos nosotros el núcleo permanente del Café de Windsor; y a nuestra mesa reservada y tenida casi en propiedad, caían para discutir y hablar y recitar [...] tantos otros que en el mundo de las letras y de la política han venido dirigiendo en los últimos años la vida nacional”[21].

Hay que mencionar por lo menos algunos de los que formaban ese núcleo permanente del Windsor: Se trataba de Eliseo Arango, Germán Arciniegas, León de Greiff, Alberto y Felipe Lleras Camargo, Juan Lozano y Lozano, José Mar, Rafael Maya, Germán Pardo García, José Umaña Bernal, Rafael Vásquez, Luis Vidales, Jorge Zalamea [22]. La tertulia atraía a otros personajes como Carlos Pellicer, Gregorio Castañeda Aragón, Ricardo Rendón, para nombrar algunos pocos. También en este caso me abstengo de hacer una apreciación crítica literaria. Mi principal interés aquí es destacar aquel fenómeno de que un intercambio permanente de reflexiones y consideraciones en el lugar público del café produce cambios que no pueden ser sobreestimados, como se verá más adelante. En este sentido, no estoy totalmente de acuerdo con Cobo Borda quien caracteriza el grupo como “un grupo de muchachos, totalmente afrancesados, y deslumbrados por los novelistas rusos, haciendo sus primeros ejercicios intelectuales”[23].

¿No podría darse aquí el caso de que un eminente crítico y literato colombiano sucumba al modo de pensar eurocentrista? ¿Qué posibilidades tenían los jóvenes intelectuales de Bogotá para enfrentarse con las nuevas y novísimas corrientes? Gutiérrez Girardot, en todo caso, habla de una “iniciación de la vanguardia” que no surgiría bajo la influencia de las vanguardias europeas porque no se tuvo más que un conocimiento fragmentario y posterior de ellas [24].

El Windsor fue, en primer lugar, centro de reunión donde Los Nuevos intercambiaban sus textos durante sus sesiones diarias y de muchas horas de duración. Los trabajos comparativos reunidos en la obra arriba mencionada[25] parten de la teoría – dicho sea de paso – de que el café como lugar de recepción de textos influye también en la producción de los mismos, incluso cuando no se escriben en el café. Porque aquellos textos que se escriben en el contexto general de la tertulia diaria están particularmente orientados hacia su recepción, mucho más que aquellos del solitario autor de novelas que trabaja en el aislamiento de su escritorio, y sin enfrentar las reacciones inmediatas de los contertulianos. Pero, como ya se dijo, la meta de esta ponencia no es el análisis literario-lingüístico de la llamada literatura de café[26] sino la de valorizar el café literario como símbolo de vanguardia.

En el año de 1996 tuve el inolvidable placer de sostener una entrevista con Germán Arciniegas sobre el tema de los cafés literarios. No solamente me dedicó una tarde para contarme detalles de su vida de joven intelectual bogotano sino que además se valió de la entrevista para publicar en *El Tiempo* del 28 de marzo de 1996, en la columna “Hechos históricos”, bajo el título de “El Windsor”, un hermosísimo artículo.[27] Allí expone algunos recuerdos de ese café largos años olvidado, pero ahora resucitado, ésto último gracias también a los ensayos de Ricardo Rodríguez Morales en la Gran Enciclopedia de Colombia y en el maravilloso libro de Hugo Sabogal “Voces de bohemia”[28]. Arciniegas, y en 1996 el único sobreviviente de las tertulias del Windsor, lo caracteriza como sigue:

“En ese pequeño trozo de Bogotá [...] aparecieron, como borradas entre el humo que hacía casi irrespirable la atmósfera, toda la poesía, el chisme y la crónica en que se ambientaba la política y nacía la nueva poesía de la Colombia de entonces [...]. Se sabían los cuentos de la vida diaria y se conocían poemas que irían a cambiar el tono de la literatura colombiana [...]. En un tiempo en que todos usábamos sombrero no habría en el Windsor dónde colgar los de la clientela. Ni se necesitaba. Para eso estaban las cabezas. Siendo limitado el espacio, casi no había separación entre las sillas que ocupaban quienes negociaban ganado y trigo de Sogamoso y los poetas que se comunicaban sonetos y baladas. Leo Le Gris, Rendón, Luis Tejada, cubrían más espacio con sus chambergos, y boyacenses y cundinamarqueses se contentaban con el espacio de los borsalinos... Todo el primer mamotreto de las tergiversaciones de Leo Le Gris, lo conocimos nosotros en el Windsor. Toda la poesía de Castañeda Aragón. Todas las crónicas de Luis Tejada”[29] (subrayados son míos).

A continuación, quisiera presentar a cinco personajes ejemplares y representativos para las tertulias de los Arquilókidas o Los Nuevos y evaluar su importancia como abanderados de la vanguardia: los poetas León de Greiff y Luis Vidales, el cronista Luis Tejada, el caricaturista Ricardo Rendón y el mismo Germán Arciniegas en su época de joven estudiante.

2.1 León de Greiff (1895–1976)

León de Greiff, quien procedía en tercera generación de una familia de inmigrantes escandinavo-alemanes en Antioquia, llegó por primera vez a Bogotá en el año de 1918. Muy pronto se asoció al grupo de los jóvenes rebeldes de los Arquilókidas y en 1925 fue cofundador del grupo y de la revista de Los Nuevos siendo con treinta años el mayor de todos. Pero ya antes, en 1914 y todavía en Medellín, es decir, en un tiempo cuando Guillermo Valencia moldeaba sus motivos antiguos en versos exquisitos y cuando los cisnes y los crepúsculos del modernismo eran lo más atrevido que podía ofrecer la poesía colombiana, León de Greiff se burló en formas poéticas inauditas de la mediocridad alrededor suyo. Con neologismos, arcaísmos, palabras extranjeras, alusiones, ritmos extremos y otros procedimientos poéticos creó un lenguaje poético completamente nuevo y consternó amigos y enemigos con el invento de sus „abstrusas cantilenas“.[30] Por ejemplo, en su poema “Villa de La Candelaria” (1914) se queja así:

“Gente necia, / local y chata y roma. / Gran tráfico / en el marco de la plaza. / Chismes. / Catolicismo. / Y una total inopia en los cerebros...”[31].

En 1915 pertenecía a la tertulia „Los Panidas“ que editaba la revista *Panida* y a la cual erigió un monumento lírico en su “Balada Trivial de los 13 Panidas”:

“satíricos y humoristas, / o muy ingenuos, – si os parece – / en el café de los Mokistas / los Panidas éramos trece! [...] en veladas aquelarristas / – sesiones íntimas, secretas! – / y en bodegones, – si os parece – / en esas citas indiscretas / los Panidas éramos trece! / Fumívoros y cafeístas / y bebedores musagetas! [...] en nuestras Sábats liturgistas / los Panidas éramos trece!”[32].

Los Panidas continuaron la tradición de la tertulia literaria

“No sólo las librerías servían de receptáculo a las tertulias : allá estaban los cafés, en donde al calor de los aguardientes, se recitaban poemas o se polemizaba sobre las corrientes literarias en boga...los PANIDAS surgen entonces para continuar esa cultura de bohemia respaldada por su propia e impor-tante revista literaria. [...] Allí, en el ambiente de café, encuentran sus afinidades y cohesionan las ideas alrededor de su exagerada sensibilidad y de su permanente inquietud por las manifestaciones imperantes en el época”[33].

Su contertuliano Rafael Maya recuerda el escándalo que produjeron León de Greiff y sus poemas entre el público:

“En ese medio y a esa hora surgió León de Greiff. El escándalo fue enorme. Los males académicos y seudoclásicos entrecruzaron las espadas en torno al diccionario para defender los fueros del idioma. Los poetas eróticos se consagraron en capillas y sinagogas para llorar la muerte del soneto, estrangulado como un cisne por las manos de un poeta rubicundo, de nombre bárbaro, que instaló al búho sobre el hombro de la Musa” [34].

Según la opinión unánime de la crítica, de Greiff fue el renovador más radical de la poesía colombiana. Sorprendía a los habituales lectores de versos con una poesía diferente de todas las que hasta entonces se habían escrito en Colombia[35]. Fernando Charry Lara llama la atención sobre la simbiosis que existía entre la apariencia del poeta y sus poemas. Con sus ojos azules, el pelo rojizo y la figura alta, la barba, la pipa (un requisito inusual en la Colombia de aquel entonces), el sombrero de alas anchas y vestidos descuidados, de Greiff fue una figura original en su ambiente bogotano. Eso es típico para la personalidad del literato de café, como lo observamos también en poetas como Fernando Pessoa en Lisboa, Peter Altenberg en Viena, Else Lasker-Schüler en Berlín y muchos otros. Testigos contemporáneos describen a de Greiff como un hombre de la calle y de los espacios públicos que se pasaba su vida en cafés. Fue un personaje lleno de contradicciones: Por un lado, era

evidente que necesitaba de la comunidad de la tertulia y el espacio público del café para ser capaz de escribir poesía; por el otro, se le consideraba el gran solitario y excéntrico y así se describe a sí mismo en muchos textos. Aunque, según los recuerdos unánimes se le podía encontrar día y noche en la calle y en los cafés, cumplía, no obstante, con sus deberes en diversos puestos administrativos de los ferrocarriles, del banco y de instituciones parecidas. Ejecutaba su trabajo, aunque con resignación melancólica, con exactitud, formalidad y seguridad. Alberto Lleras Camargo recuerda: “Sólo al crepúsculo verpertino el poeta banquero abandonaba su caverna de números para ocupar su puesto de avanzada”[36].

La tertulia en el Windsor inspiraba a de Greiff en muchos aspectos. Transformaba poéticamente las conversaciones en el café: Bogotá fue, a pesar de su provincialidad de entonces, la capital del país y centro cultural de todos los intelectuales del país, y en el café se reunían no solo los bogotanos sino colombianos de todas las regiones:

“León había escrito la Balada del Mar no Visto con toda la nostalgia del marino condenado a vivir en el corazón de la montaña oyendo los relatos de sus abuelos llegados del Báltico o del Mar del Norte. Castañeda Aragón llegaba de Santa Marta, traía impregnadas sus ropas del yodo y la sal que corren por la brisa. Lo oíamos como se oyen los cuentos de Simbad. Y así como conocimos el mar desde el Windsor, conocimos las historias de las montañas de Santander, o los misteriosos relatos de Ipiales y Pasto, traídos al café con un lenguaje en tono menor que le daba el colorido de la frontera ecuatoriana [...]. Esa era una provincia totalmente nuestra. Se llegaba de Medellín, de Santa Marta, de Pasto, directa-mente al Windsor. Y en el Windsor se tramaban todas las conspiraciones, los enredos, y del Windsor salían los libros y en el Windsor nacían y morían las ilusiones” [37].

La rebelión literaria y política contra el pragmatismo y la obsesión de los Centenaristas por la armonía, y contra la tradición, convención y el establecimiento en general determinaba las largas sesiones de la tertulia y León de Greiff la expresaba poéticamente. Muchos de sus poemas escarnecen el orden existente. En la “Balada de asonancias consonantes o de consonancias disonantes o de simples disonancias” dice por ejemplo: “Para el asombro de las greyes planas / suelo zurcir abstrusas cantilenas. / Para ofender la mesocracia ambiente / mi risa hago sonar de monte a monte; / tizno mis versos de bizarro rictus / para el mohín de lo leyente docto”[38].

Insuperable en este sentido es también la Farsa de los Pingüinos Peripatéticos que Jorge Zalamea en la reedición preparada por él llama una “pequeña obra maestra” y de la cual dice: “no abunda nuestra poesía en creaciones de este (del satírico) género y bien vale recordar al público lector [...] que la ironía es la hermana secreta de la poesía”[39].

Una preciosidad de imitación lingüística de las discusiones apasionadas y del parloteo acalorado y ebrio en el café se encuentra en las Prosas de Gaspar donde el poeta habla de las noches que pasa con su tertulia en el café. Describe cómo se les expulsa del local con escarnio y sarcasmo a otros huéspedes de manera que la tertulia termina por quedar sola y entre amigos. Parodia las prolongadas discusiones nocturnas sobre „todos los tópicos imaginables, de los no imaginables, y de otros, aún“ pero de preferencia sobre motivos de poesía y de estética y sobre el nuevo libro Bárbara Charanga de Don Lope de Aguinaga.

En este texto, de Greiff ironiza los interminables debates de la tertulia con medios rítmicos, con redundancias, con trucos onomatopéuticos como la repartición de acentos, acumulaciones de oclusivos, elementos sintácticos como la élipse, fenómenos lexicales como arcaísmos, neologismos etc.[40] El ficticio autor Lope de Aguinaga, dicho sea de paso, es una de las personalidades en las que León de Greiff se multiplica en sus sueños y en sus textos; cada una de ellas posee propios rasgos humanos y funciones literarias, y de Greiff las emplea como seudónimos. El más conocido y más nombrado es “Leo de Gris”. Charry Lara las define como “los dobles suyos: objetivaciones de un mundo interior en el que se juntan, hasta confundirse, las riquezas de la experiencia vital y de la experiencia cultural del poeta”[41].

Es bien sabido que León de Greiff escribió también muchos poemas que no tienen ningún rastro de ironía, sátira, sarcasmo etc. sino que en un lenguaje puramente poético y bello, pero sin embargo nuevo y original moldean un nuevo romanticismo como por ejemplo “Esta mujer es una urna / llena de místico perfume” o “Esta rosa fue testigo” y muchos más. Estos textos corresponden igualmente a los criterios de una poesía radicalmente nueva. De Greiff no encaja en las diversas vanguardias históricas, “lo sacó todo de su cabeza” como

dijo alguna vez el crítico Enrique Anderson Imbert. Pero no obstante fue un verdadero combatiente de avanzada en la lucha colombiana por la modernidad.

2.2 Luis Vidales (1902 – 1990)

Al lado de León de Greiff, a Luis Vidales se le considera el otro poeta de vanguardia del grupo de los Nuevos. En 1926 publicó una antología con el título *Suenan timbres* que contiene textos tan sensacionales que los compradores formaron colas delante de las librerías para adquirirla. Sin embargo, este masivo interés no se debía al entusiasmo por la lectura sino a su curiosidad y el deseo de conocer los textos que provocaron un escándalo tan grande. Como anteriormente en el caso de Greiff, también ahora se registró la defunción de la poesía.[42] El título de la antología es una alusión a los timbres eléctricos que empezaban a reemplazar poco a poco las tradicionales aldabas y quiere, tal vez, anunciar nuevos tiempos también en la poesía. La poesía de los años veinte se caracterizaba por la disolución del modernismo a la cual Luis Vidales contribuyó en alto grado cuando dijo, por ejemplo, en su poema “Oración de los Bostezadores”:

“Señor, / nos aburren tus auroras, / y nos tienen fastidiados / tus escandalosos crepúsculos [...];
Señor / te suplicamos todos los bostezadores / que transfieras tus crepúsculos / para las 12 del día. / Amén”[43].

En el poema siguiente, del título “Super-Ciencia”, que se parece mucho a un Haiku japonés, se expresa ejemplarmente una mirada nueva, paradójica, “el mundo al revés”, como dice Gutiérrez Girardot[44], al mundo en trance de transformación: „Por medio de los microscopios / los microbios / observan a los sabios.“[45] El parentesco de esos poemas con las greguerías de Ramón Gómez de la Serna también es obvio. Como poeta urbano, Vidales tematiza, igual que de Greiff, el café como espacio de vida donde la mirada enajenante deforma objetos e impresiones visuales y acústicas y los dota de una nueva semántica. Gutiérrez Girardot compara este procedimiento con el esperpento de Valle-Inclán. Para ilustrar esta estrategia textual, cito del poema “En el café”:

“El piano / que gruñe metido en un rincón / le muestra la dentadura / a los que le pasan junto [...] solo – a grandes sorbos – / bebo música” .

Otro ejemplo es el poema “La Música”:

“En el rincón / oscuro del café / la orquesta / es un extraño surtidor. / La música se riega / sobre las
cabelleras. / Pasa largamente / por la nuca / de los borrachos dormidos. / ”.

Igualmente el poema en prosa “Teoría de los objetos. Plática en el café”:

“La bola de billar es un taco estancado y el taco es una bola que ha hallado continuidad [...]. Todos
los objetos están en potencia con respecto a su forma contraria. [...] La línea es una circunferencia
desinflada. Y la circunferencia es una recta que ha hechado panza” [46].

Alberto Lleras, en su artículo “Un libro extraordinario. SUENAN TIMBRES y las
distinciones específicas de una generación” habla de una “obra desconectada del público y
del aplauso”, que no podría encontrar la recepción como aquellas

“ridículas concepciones que tienen por musa, por acicate, por motivo y por fin único alguna de esas
damitas románticamente idiotas que nos brindó nuestra sociedad de hace cincuenta años, y que
todavía no han desaparecido del todo” [47].

Caracteriza a Vidales como un verdadero “humorista” y constata que el público de
Bogotá recibiría con más benevolencia a un monstruo que a un humorista; humor sería algo
sumamente sospechoso. Charry Lara establece que Vidales quería enfrentarse con su
humorismo al tradiciona-lismo y al estira-miento social que dominaba la vida colombiana
de entonces. Y efectivamente, los lectores bogotanos comprendieron los textos de Vidales
como un “enfrentamiento”, como un ataque, no solamente debido a la forma de los versos
que se consideraban como “ren-glones desarticulados y dispares que no obedecían a ninguna
melodía exterior ni interior“, y que en parte incluso estaban escritos en prosa, sino también
por sus tópicos que estaban tan „alejados de lo que concebían como poético”. [48] Son
precisamente estas características las que hacen de Vidales un vanguardista que conquistó
nuevas formas y nuevos tópicos para la poesía de Colombia. Luis Tejada lo saludó con
entusiasmo en su crónica “Un poeta nuevo” como a un “poeta en el mejor y más noble
sentido de la palabra” [49].

A diferencia de León de Greiff, que defendía sus posiciones políticas exclusivamente en círculos privados o en la tertulia, pero no en sus textos ni mucho menos como miembro de una entidad política, Luis Vidales ya en los años veinte y hasta de muy avanzada edad profesaba ideas socialistas y comunistas. Se podría decir entonces que perteneció – desde la perspectiva histórica – también a la vanguardia política. Estudió economía política y ciencias sociales en la Escuela de Altos Estudios de París (1926 – 1929), y organizó con Luis Tejada y otros de Los Nuevos el primer grupo comunista que hubo en Colombia. También fue director del periódico comunista “Vox Populi”.

2.3 Luis Tejada (1898 – 1924)

Luis Tejada murió muy joven, antes de que se agruparan Los Nuevos; no obstante en su generación y en el grupo de los precursores Arquilókidas desempeñó un papel de líder cuya importancia es muy difícil de ignorar. En los años de 1917 a 1920 se ganó fama como periodista en Pereira, Barranquilla y Medellín. En Medellín, ya con el apodo del pequeño filósofo, Tejada fue participante en las tertulias de los jóvenes intelectuales donde era muy estimado y rebuscado. Las prolongadas discusiones de los jóvenes, frecuentadas también por autores mayores y de reputación como Tomás Carrasquilla, eran extraordinariamente estimulantes. Gilberto Loaiza Cano constata:

“De todas esas posibilidades de reunión entre intelectuales nacieron proyectos más o menos quiméricos; algunos culminaron en efímeras revistas; en el debut de algún poeta desconocido promovido por los comentarios de Tejada, como sucedió con los versos “futuristas” de Juan Francisco Arboleda; también nacieron serias intenciones de afiliación al movimiento socialista, como sucedió con el poeta Miguel Agudelo y con el periodista Horacio Franco; o se logró crear para el gremio de periodistas liberales de Medellín una organización que reivindicara sus intereses. Esta última tentativa fue la más feliz en este año y Tejada fue el principal responsable”[50].

1921 llegó a Bogotá y, con sus ideas sobre la estética, sobre la nueva cultura y la nueva política, se puso al frente de la joven generación en su lucha contra el establishment de regeneracionistas y de centenaristas. Esta lucha era conducida sin piedad y preparada en largos debates en las reuniones en el Café Windsor o Riviere en cuanto que la censura la permitía. A veces discutían directamente con los centenaristas presentes en el café. Dice Gilberto Loaiza Cano:

“En los cafés de Bogotá encontró el ambiente conspirativo ideal para hacer menos solitaria su impugnación. [...] En mesas ocultas por el humo de los cigarros y de las pipas y que apenas si dejaba ver un tumulto de sombreros de alas anchas, se fue delineando el primer esfuerzo colectivo de demolición de la tradición intelectual decimonónica y de los valores éticos y estéticos promovidos por las generaciones que precedían al grupo de nuevos intelectuales”[51].

Luis Tejada luchaba por una nueva cultura en su país con el arma de la crónica, según Cobo Borda aquel género que nace en Hispanoamérica con el modernismo en el momento de la creación de los grandes diarios. Cobo Borda lo caracteriza así: “La crónica, que es hasta cierto punto periodismo pero que es, ante todo, buena prosa, oscila entre el ensayo breve y la digresión aguda, y tiene a Luis Tejada como su más destacado exponente” [52].

Luis Tejada escribía sus crónicas basándose en las observaciones que hacía durante sus largas caminatas por la ciudad, “pasando inadvertido como una partícula perdida entre la muchedumbre, pero con los ojos muy inquisidores y el alma abierta a pequeñas y grandes emociones” como dijo él mismo.[53] Dominaba el arte de extraer de aparentemente insignificantes observaciones aquella esencia que representa la totalidad actual de la realidad vista. En un artículo publicado en 1962, Antonio Mejía Gutiérrez lo caracteriza como “sociólogo de lo cotidiano”. [54] Alberto Lleras Camargo comparó su estilo con aquel de las caricaturas de Rendón: “un estilo de simplicidad y firmeza que recordaba la línea de los dibujos de Rendón, en abierta contradicción con los principios retóricos de la época.”[55] “Mini-stril, trovero, juglar / de alma singular”, escribe León de Greiff en su BALADA AHSVERICA DEL MINISTRIL, TROVERO Y JUGLAR dedicada a Luis Tejada.

2.4. Ricardo Rendón (1894 – 1931)

Germán Arciniegas postuló: “Rendón se quitó la vida en La Gran Vía. Nunca lo hubiera hecho en el Windsor. Del Windsor a La Gran Vía había un siglo y seis cuerdas de distancia. León dijo: “Señora muerte que se va llevando / todo lo bueno que en nosotros topa” [56].

Ricardo Rendón, el caricaturista más importante que ha tenido Colombia, fue, como también León de Greiff, uno de los “trece Panidas”. Formó parte de los Arquilókidas y fue

también miembro de Los Nuevos. Los periódicos El Espectador, El Tiempo, La República y otros productos de prensa se disputaban sus caricaturas. Rendón ayudaba a su contertuliano Germán Arciniegas en su nueva revista Universidad, dibujaba comerciales e incluso rechazó ofertas lucrativas de Buenos Aires y de Nueva York. Fue el “emperador de la caricatura”[57]. Sus caricaturas, que en líneas claras sintetizaban la apariencia y el carácter de los políticos, sus actuaciones políticas así como también la actual situación política del país[58], ejercían una influencia difícil de sobreestimar.

Mientras que la caricatura política de hoy en día se comprende más bien como comentario de los contenidos escritos de la prensa, en aquel entonces y en vista del porcentaje de analfabetas dramáticamente alto – se habla de un 71% de analfabetas en 1918[59] – era la noticia misma y no se entendía en general como un espejismo deformado o exagerado, sino como una verdadera imagen de la realidad. En todo caso, los dibujos de Rendón hablaban directamente al observador: “...y desde luego (el prodigioso mundo de Rendón) explicaba mejor lo que estaba ocurriendo, en elementales síntesis que el pueblo devoraba, hastiado de editoriales pomposos, de retórica centenari-sta, de imágenes literarias, a las cuales no tenía fácil acceso, siendo, como era, casi analfabeto”[60].

Según los testimonios de sus contertulianos, Rendón era un participante fiel pero callado de las tertulias; participaba muy poco en las discusiones violentas, muchas veces catalizadas por bebidas alcohólicas. Escuchemos una vez más a Carlos Lleras Restrepo: “Nos unía a todos una bohemia amable y poco vistosa, limitada más aún por nuestra pobreza. Pasábamos días enteros entre las sombras picantes de humo y vapores del alcohol del Windsor, o del Riviere [...]. Qué días y qué noches aquellas de un tiempo en que se sentía próximo un gran cambio en todas las cosas!”[61].

Una relación especialmente estrecha lo unía a Luis Tejada. Horacio Franco la definió como sigue: “Nosotros encontrábamos siempre un paralelismo íntimo y perspicaz entre Rendón y Tejada. Muchas de las paradojas de este último servían de base a los dibujos de

Rendón y varias veces le vimos mover en el aire las manos, como en signos cabalísticos al escuchar a Tejada alguna de sus originales concepciones de la vida y de las gentes”[62].

El “despertador de Bogotá”, como Germán Arciniegas llamó a Rendón alguna vez, jugaba un papel decisivo en las elecciones del 1930 cuando después de cincuenta años de gobierno conservador se produjo el gran cambio en Colombia. Alberto Lleras Camargo valorizó la trascendencia que tenía Rendón en ese momento: “A la mañana siguiente a la victoria del liberalismo el país entero – los liberales con gratitud, los conservadores con acerbía –, reconoció que Rendón era el gran triunfador de esa batalla democrática”[63].

Poco más de un año después de esta victoria, Rendón se mató con un tiro en el reservado del local La Gran Vía. Hubo muchas especulaciones alrededor de ese suicidio. Se mencionaron motivos como su temperamento ciclotímico, la ausencia de enemigos en el gobierno, su vida de bohemia o la suma de todos estos factores.[64] Incluso sus amigos más íntimos no encontraron una explicación concluyente, lo que significa que a pesar de la comunidad y amistad permanente de la tertulia, Rendón siguió siendo un solitario, casi un extranjero, rodeado de sus contertulianos. Cuando enterraban a Rendón se hizo manifiesta la estima que había ganado en toda la población: según testigos, toda Bogotá, más personas que en ningún otro entierro, sea de un artista, un literato, un político, asistieron a los funerales de Ricardo Rendón.

2.5. Germán Arciniegas (1900–1998)

Por último hay que caracterizar con algunas palabras a Germán Arciniegas quien con tanto cariño habla de la vida de los jóvenes intelectuales en los cafés de Bogotá. En el presente contexto no se puede abarcar toda la larga y fructuosa vida de ese Sumo Pontífice de la cultura colombiana. En cambio, quiero limitarme a la época de sus recuerdos del Café Windsor, basándome sobre todo en informaciones obtenidas del libro de Juan Gustavo Cobo Borda, *Arciniegas de cuerpo entero*, Bogotá 1987. Allí aparece una entrevista que sostuvo Andrés Muñoz, de Mundo Argentino, con Arciniegas en la cual este último describe sus

actividades de estudiante bogotano. La revolución universitaria en Córdoba de 1928 había tenido una honda repercusión entre los jóvenes intelectuales colombianos. Se fundó la Asamblea de Estudiantes, con Arciniegas como su secretario perpetuo. Arciniegas, gastando bienes y herencias familiares, fundó y dirigió su órgano periodístico, la revista *Universidad*. En este marco, Arciniegas luchó incesantemente por implantar una reforma radical de los métodos de la enseñanza superior, todavía dominada por cánones de la iglesia, anticuados principios tradicionalistas y unos profesores humanitarios de los que Arciniegas dice que “su lema era reducir a la mínima expresión el esfuerzo intelectual de sus alumnos”[65].

Arciniegas y la Asamblea de Estudiantes consiguieron la renovación de la ley universitaria, la reapertura de la cátedra de sociología, clausurada desde 1876, y una reestructuración de la formación jurídica, entre otras cosas. En la revista *Universidad* aparecieron los textos de los jóvenes poetas y literatos de Colombia que se reunían en sus tertulias del Café Windsor y del Café Riviere. Fue la tribuna pública de lo que se hablaba, leía y discutía en el café. Partiendo de la idea del café como lugar de incubación del espíritu, la inteligencia y la vanguardia, Arciniegas concibió la idea de hacer escribir un libro sobre una virtual taberna: “Como lugar de acción imaginé una taberna, que es el sitio más frecuentado por los estudiantes de todos los tiempos. A esa taberna habrían de venir, saltando desde las páginas de la historia, los estudiantes de otros siglos, para reunirse con el de nuestra época, en torno de una mesa redonda. ¡Las cosas que podrían decirse en esa tertulia estudiantil!”[66].

Compiló y reunió materiales y detalles para ese libro que les ofrecía a amigos escritores de la tertulia para que ellos lo escribieran, pensando, en aquel momento, no poder escribirlo él mismo por no ser escritor profesional. Pero ellos no querían. Entonces, en 1932 en Londres, Arciniegas empezó a escribirlo y lo publicó bajo el título *El estudiante de la mesa redonda*, la primera de sus numerosas obras.

De todos modos, Arciniegas desempeñó un papel sumamente importante en esa época de transición, de cambios radicales y de avanzada. Fue “la «Eminencia Gris» de todos esos

disturbios e iniquidades, el asesor intelectual de esa banda de muchachos inconformes, el consultor de esos grupos agitados e iconoclastas”[67].

También en otro sentido, Germán Arciniegas – según la apreciación de Rafael Gutiérrez Girardot – fue un adelantado de la cultura colombiana. Con sus métodos de investigación y su estilo literario creó en Colombia un género nuevo y era su más puro representante: el feuilleton. Este género implica, según Gutiérrez Girardot, “la utilización de algunos medios de ensayo para divulgar temas complejos de manera accesible y amena a un público lector”[68].

El ya varias veces mencionado y citado artículo en *El Tiempo*, Germán Arciniegas lo concluye: “Lo del Windsor no se repetirá jamás. Ni tiene nada que ver con los cafés de París o de Viena. Es el café de los hombres solos que no se quitan el sombrero y recitan sonetos, consumiendo tinto o sifón, mientras en la calle rueda el transvía de mulas, sube el partido liberal, y para no romper la costumbre bogotana, llueve a cántaros y se muere de frío”.

3 Los años treinta y cuarenta

Ya no eran los tiempos de los cambios espectaculares; pero sí seguían surgiendo vanguardias en el sentido arriba definido, y también ellas estaban ligadas al espacio público del café. Ahora estaba muy frecuentado, sobre todo por políticos y periodistas, el Café La Cigarra en la Séptima/esquina calle 14. En este café había una pizarra grande donde figuraban con tiza las últimas noticias; porque encima del mismo se hallaban las salas de redacción de *El Espectador*, y los redactores, que bajaban para tomar su tinto que ahora formaba parte indispensable de la vida diaria, proveían con sus noticias más frescas a los visitantes del café.

En el Café Victoria (Calle 14, No. 7-71), después de las clases de la universidad, Carlos Martín y Jorge Rojas se encontraban con Eduardo Carranza, Gerardo Valencia y Tomás Vargas Osorio a los cuales se agregaban con el tiempo más poetas.[69] Estudiaban a

autores latinoamericanos como Rubén Darío, Pablo Neruda y Vicente Huidobro pero, al mismo tiempo, consagraban sus horas de lectura a la tradición de la península ibérica, leyendo los textos de la Generación del 27, y ésto con mayor intensidad después de la publicación de la antología *Poesía Española, Antología 1915 – 1931*, editada en Madrid, en 1932, por Gerardo Diego. Las obras contenidas en esa antología constituían, junto con los clásicos del Siglo de Oro como Góngora, Garcilaso, Lope de Vega, su lectura diaria, como declararon más tarde.[70] Las reuniones regulares en el café Victoria contribuyeron a consolidar su movimiento literario. En 1939, al cabo de algunos años de tertulia, charlas, lecturas conjuntas o paralelas, formaron un grupo de «generación poética» y se dieron el nombre de “Piedra y Cielo”, según un tomo de poemas de Juan Ramón Jiménez del mismo título. Muchas veces, las horas de tertulia en el Café Victoria continuaban y culminaban en la casa de su contertuliano Jorge Rojas, líder, editor y generoso mecenas del grupo.

Otro café de los años treinta y cuarenta fue el café Asturias (Calle 14, No. 6 - 92), también ubicado en pleno centro de la ciudad donde se reunían con bastante frecuencia los ahora constituídos piedracielistas. Allá también se encontraban periodistas, políticos – especialmente los franquistas y sus simpatizantes – y el poeta inevitable de la vida de café en Bogotá, León de Greiff. Es decir, que en el café se hallaba la tradicional coalición colombiana formada por representantes de la política, el periodismo y la poesía. Fernando Arbeláez (1924 – 1994), un poeta del grupo Mito, constituido en 1955, recién llegado a Bogotá para sus estudios universitarios, recuerda sus primeras visitas al café Asturias:

“fue en el café Asturias – extrañamente olvidado en las reminiscencias de la década de 1940 – en donde encontré por primera vez algunos de los personajes de un olimpo literario que se me antojaba inalcanzable. [...] En una esquina del fondo del café, León de Greiff con “su alta pipa y su taheña barba” pergeñaba solitario sus Mamotretos entre copa y copa de aguardiente. Alberto Angel Montoya, un poeta cuya obra completa recitaba de memoria en mis nocturnas navegaciones, y a quien imité en mi adolescencia, asistía allá, medio ciego, a una tertulia de fieles amigos que celebraban, como expresiones de la mayor genialidad, sus paradojas muy a lo Wilde y sus boutades sobre la ordinariez de la vida bogotana. Por ahí desfilaban Eduardo Corranza, Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez y Carlos Martín, los adelides del movimiento de Piedra y Cielo. A veces llegaban a la mesa de Angel Montoya o se veían rodeados de sus propios amigos y admiradores” [71].

Los piedracielistas acabaron con el neoclacisismo rezagado de Guillermo Valencia y convirtieron a Madrid “en la capital de la lírica colombiana y universal” [72]. No es éste el lugar evaluar su valor estético y poético, pero sí hay que constatar que otra vez fue el sitio del Café donde surgía algo nuevo. Interesante e incluso curiosa es la diatriba que lanzó Juan Lozano y Lozano, antiguo miembro de Los Nuevos, en febrero de 1940 en el Suplemento Literario de El Tiempo y la que él mismo llamó “un cordial leal comentario”. Los saluda como a un grupo de mozos sin formación intelectual demasiado severa que ante el fracaso de diversos ismos buscarían algo a que atenerse, y lo encontrarían en Góngora, en los prerrafaelitos ingleses, en el simbolismo francés, y en la imitación de algunos poetas contemporáneos españoles. “[...] su obra [...] es un desperdicio de papel, de talento y de sensibilidad”, constata Lozano y Lozano y propone para Camacho Ramírez y todos sus amigos: “Quitarle las cucarachas de la cabeza. [...] Y están tan baratas los insecticidas” [73].

Gutiérrez Girardot confirma[74] que en toda Bogotá se llevaban apasionados debates sobre esta crítica de Lozano y Lozano. Charry Lara recuerda que las discusiones sobre Piedra y Cielo continuaron durante años y recién en 1948 encontraron su fin, con el bogotazo. El valoriza los efectos a largo plazo de este grupo y confirma que fueron ellos los que liberaron a la poesía colombiana de la tendencia hacia una oratoria pomposa y la supremacía de la rima para iniciar una poesía más ligera, más intensa, más directa y más expresiva.[75]

Los textos del grupo distan mucho de aquellos elementos que encontramos en León de Greiff. El Café fue condición para su constitución y el grupo fue indispensable para la autorreflexión de los diferentes autores. Sin embargo, sus altas exigencias poetológicas y su orientación hacia los modelos de la generación del 27 hicieron que el espacio público del Café Literario no pudiera ejercer influencia sobre sus textos.

Finalmente, Fernando Arbelaéz se atrevió a acercarse a los más jóvenes de los poetas y escuchaba entusiasmado sus discusiones sobre Joyce y Eliot, sobre el surrealismo y la práctica marxista. Dice:

Lo cierto era que mis visitas al Asturias se convertían en un reto pleno de signos, de imágenes, de poderes significativos, que resultaban de los comentarios que allí se hacían sobre los libros más recientes y las revistas extranjeras que nunca habían estado al alcance de mis manos. De todas maneras el café era para mí una aula mucho más importante que aquellas en las que pretendía estudiar el Derecho Civil o las leyes Indianas” [76].

Los escritores y poetas más jóvenes de las tertulias en el Asturias pertenecían, en su mayor parte, a un grupo que iba publicando cuadernos literarios con el nombre “Cántico”. Por la forma de cuaderno, la prensa los llamaba, con un poco de desprecio, los Cuadernícolas. Este grupo estaba integrado por el editor de los cuadernos, Jaime Ibañez, el poeta Andrés Holguín y los prestigiosos poetas y críticos literarios Fernando Charry Lara y Rogelio Echavarría, entre otros. La tertulia de los Cuadernícolas – algo como puente entre las generaciones de los piedracielistas y Mito – se reunía diariamente en el Asturias, después del trabajo, pero no por muchas horas, como la bohemia de los años veinte, ni noches enteras como la Gruta Simbólica. No desarrollaban programas temáticos, ni leían sus textos. Discutían sobre tópicos de la poesía, la literatura y la política o charlaban sobre cuestiones generales de la vida diaria y privada. Los Cuadernícolas se distanciaban de las filiaciones poetológicas del grupo Piedra y Cielo pero seguían teniendo presente los modelos españoles como p.e. los de Vicente Aleixandre, Luis Cernuda y Antonio Machado.

El 9 de abril de 1948 puso fin a las tertulias en el Asturias, como a muchas otras cosas más: El “bogotazo” dividió el siglo en dos y es considerado en Colombia como una cesura de similar importancia como la tuvo la primera guerra mundial para Europa.

4 La nueva época

En los fuegos del “bogotazo” desapareció también La Fortaleza, un café que existía en la planta baja del Ministerio de Educación, en la Avenida Jiménez entre la Cuarta y la Quinta Calle. La Fortaleza fue algo como el café sucesor del Asturias. Arriba, Jorge Zalamea y Germán Arciniegas, que en los años veinte pertenecieron a Los Nuevos, dirigían el Ministerio. Después de la destrucción de La Fortaleza surgió el famoso café El Automático, digno sucesor de los cafés literarios de los “antiguos” tiempos antes del bogotazo. Este café sigue existiendo, aunque algunas calles más al norte. Durante los años cincuenta, se encontraban allí pintores, escultores, literatos; incluso se les admitía a mujeres.

También en el Automático, León de Greiff siguió siendo la estrella y el soberano del pequeño imperio del café, secundado por el propietario del café, Fernando Jaramillo, a quien se le denominaba “spiritus rector del local como sede de escritores y artistas” [77]. De Greiff presidía una tertulia a la cual solo los más íntimos amigos y contertulianos tenían acceso y el permiso de aguantar sus períodos de silencio absoluto. Poetas más jóvenes, como por ejemplo Fernando Arbeláez, se sentaban a muy prudente distancia porque temían tener que enfrentar los despiadados sarcasmos de de Greiff[78]. Transcurridos algunos años y gracias a la ya reconocida reputación de Arbeláez como poeta, éste pudo atreverse a sentarse en la mesa de la tertulia de De Greiff y gozar de la compañía de destacados literatos como los hermanos Zalamea, Juan Lozano y Lozano y otros viejos amigos de los tiempos de los Nuevos. Este privilegio terminó de un día al otro.

De Greiff se había burlado de los Cuadernícolas en sus Sonetines facetos y Arbeláez no solo tuvo la impertinencia de parodiar al maestro en el estilo de sus propios sonetos de mofa, sino también de publicar su parodia en la prensa. Esta inaudita provocación fue, durante muchos meses, el principal tema de los círculos intelectuales de Bogotá[79], y su autor la recuerda ahora con cierto malestar: “Al media el siglo teníamos menos de treinta años, y, ahora, cuando lo recuerdo, experimento una especie de escalofrío” [80].

Ya no eran los tiempos de mutuas recitaciones de poemas y textos como habían sido costumbre en el Café Windsor. No obstante, las tertulias en el Automático hicieron surgir, como anteriormente en el Café Victoria, otro grupo literario: “E indudablemente Mito surgió de nuestras controversias, de nuestras pláticas, de nuestras ambiciones en esas largas tertulias del café Automático” [81]. El grupo Mito estaba compuesto por personajes tan destacados como Fernando Arbeláez, Fernando Charry Lara, Rogelio Echavarría, Gabriel García Márquez, Alvaro Mutis y otros. Todos ellos son representantes de una nueva tradición que no tiene nada que ver con la “tradición de la pobreza” evocada por Cobo Borda. Han producido textos importantes no solo en el marco nacional, y entre ellos hay, como se sabe, incluso un premio Nobel.

Conclusiones

Los precursores de la tradición de las tertulias de los Cafés Literarios en Bogotá fueron los miembros de la Gruta Simbólica, que no se reunían en cafés, pero que realizaban sus tertulias en forma semipública. Sus textos no son de mucha relevancia, pero ellos fueron los primeros que rompieron con viejas convenciones y que llevaron la tertulia del ámbito privado al público. Su representante de mayor fama es Clímaco Soto Borda cuya apariencia y modo de vida se asemejan mucho a los de algunos literatos europeos como Peter Altenberg, Fernando Pessoa y otros.

El verdadero literato de café de la primera y de la última hora fue León de Greiff. Sus textos, igual que los de su contertuliano Luis Vidales, son innovativos, originales y provocantes, sobre todo en los años veinte. Los dos poetas se dejaban inspirar por la tertulia, empleaban los tópicos surgidos en las reuniones, y tematizaban el café como lugar de vida. Luis Vidales se comprometió también políticamente, mientras que de Greiff, a pesar de sus ocupaciones administrativas, veía el sentido de la vida en la literatura y en la música. Componía su poesía y prosa sobre todo en el contexto y permanente intercambio de los Nuevos en el café Windsor. Producía textos que demuestran parámetros temáticos y formales que pueden ser considerados constitutivos de la literatura de café en general, pero

también textos con otros caraterísticos. De Greiff, Vidales, Luis Tejada, Ricardo Rendón y Germán Arciniegas son representantes de una vanguar-dia colombiana cuya transcendencia es, a veces, subestimada. Producía cambios esenciales en la poesía, la literatura, la cultura en general e incluso en la política. Esta vanguardia tuvo su punto de partida en los cafés Literarios.

El Automático sigue existiendo. El retrato de León de Greiff sigue colgado en la pared; como en los años veinte, exclusivamente hombres están sentados en las pequeñas mesas, charlando y conversando, pero ya no se trata de la élite de la intelectualidad bogotana. Los intelectuales y poetas contemporáneos viven dispersos en la gigantesca urbe de Bogotá; los bogotanos, en cuanto puedan, huyen del antiguo centro de la ciudad donde existían numerosos cafés como refugios de la inteligencia. Los literatos viven en los barrios residenciales del norte, y los cafés allá son frecuentados por dinámicos jóvenes del neoliberalismo que no recitan sonetos sino cotizaciones de Bolsa.

Tal vez sea necesario crear otra vez un Windsor donde se agrupen los jóvenes intelectuales de todos los campos, y no solo en Bogotá, sino también en todas las capitales del mundo, para tener una vanguardia que enfrente la crisis mundial.

Bibliohemerografía

Periódicos y Revistas

Cromos. Revista semanal ilustrada; diversos números y años.

Lecturas Dominicales, Suplemento Semanal de El Tiempo, diversos números y años.

Semana, diversos números y años

El Tiempo. (Año de 1996)

Universidad, diversos números y años.

Literatura

Arbeláez, Fernando (1995): “*El Asturias y El Automático*”. En: Sabogal, p. 73–99.

Arciniegas, Germán (1994): *Cuadernos de un estudiante americano*. Santafé de Bogotá: Ediciones Uniandes.

— (1996): “*El Windsor*”. En: El Tiempo, 28 de marzo de 1996.

— (1996b): *América Nació Entre Libros*, Tomo II, Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República.

Carranza, Eduardo (1985): “*A manera de prólogo*”. En: Vidales, p. 5.

Castillo, Eduardo (1925): “*Clímaco Soto Borda*”. En: *Lecturas Dominicales*, Vol. V., No. 111, 28-6-1925.

Charry Lara, Fernando (1985): *Poesía y poetas colombianos*. Bogotá.

— (1988): “*Los Nuevos*”. En: Manual de literatura colombiana, Tomo II, Bogotá.

— (1991): “*Piedra y Cielo*”. En: Historia de la Poesía colombiana. Santafé de Bogotá: Ed. Casa de Poesía Silva, p. 333 - 378.

Cobo Borda, Juan Gustavo (1980): *La tradición de la pobreza*. Bogotá:

— (1987): *Arciniegas de cuerpo entero*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A.

Fajardo, Diógenes (1991): “*Los Nuevos*”. En: Historia de la Poesía colombiana. Santafé de Bogotá: Ed. Casa de Poesía Silva, p. 263 – 318.

Gran Enciclopedia de Colombia (1992/92) Vol. V.

de Greiff, León (1986): *Obra completa* (al cuidado de Hjalmar de Greiff). 3 vols. Bogotá 1986.

— (1995) *Poemas para sus amigos. Recopilación*: Hjalmar De Greiff . Bogotá: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Gutiérrez Girardot, Rafael (1982): “*La literatura colombiana en el siglo XX*”. En: Manual de Historia de Colombia. Tomo III, Segunda edición, pp. 445 – 536.

Heise, Ulla (1996): *Kaffee und Kaffeehaus. Eine Bohne macht Kulturgeschichte*. Leipzig: Gustav Kiepenheuer Verlag.

König, Brigitte (1996): “*Produktions- und Rezeptionsbedingungen von Literatur im Kaffeehaus in Bogotá (1890–1950)*”. En: Rössner, p. 510–539).

Loaiza Cano, Gilberto (1995): *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura*. (Colombia, 1898 - 1924). Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Lozano y Lozano, Juan (1956): *Obras selectas. Poesía - Prosa*. Medellín.

Lleras Camargo, Alberto Lleras Retrepo, Carlos Cano, Gabriel (1976): *Recuerdo, explicación e interpretación de Ricardo Rendón*. Bogotá.

Manual de literatura colombiana (1988), Tomo I, Bogotá.

Martín, Carlos (1984): *Epitafio de Piedra y Cielo y otros poemas*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo (Serie “La Granada Entreabierta” 35).

— (1995): *Vida en amor y poesía (Suma poética)*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo (“La Granada Entreabierta” 76).

Maya, Rafael (1982): *Obra crítica*. Tomo I, Tomo II, Bogotá.

Mejía A., Juan Luis (1915): “*Prólogo*” (a la Edición Facsimilar de Panida, Revista Quincenal de Literatura y Arte).

Mora, Luis María (1972): *Croniquillas de mi ciudad*. Bogotá. Nueva Historia de Colombia (1989), Vol. IV. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A.

Ramírez Moreno, Augusto (1935): *Los Leopardos*. Bogotá.

Rodríguez Morales, Ricardo (1991/92): “*Cafés y tertulias literarias*”. En: Gran Enciclopedia de Colombia. Vol. V, Santafé de Bogotá, pp. 229 – 244.

— (1995): “*De tertulias y bohemia*”. En: Sabogal, p. 29–53.

Rössner, Michael (ed.) (1996): *Literarische Kaffeehäuser. Kaffeehausliteraten*. Wien – Köln – Weimar: Böhlau.

Sabogal, Hugo (ed.) (1995): *Voces de Bohemia. Doce testimonios colombianos sobre una vida sin reglas*. Santafé de Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Serpa Flórez, Gloria (1988): “*La Gruta Simbólica*”. En: Manual de literatura colombiana, Tomo I, Bogotá, pp. 579 – 619.

Tejada, Luis (1977): *Gotas de tinta*. Obra a cargo de Hernando Mejía Arias. Bogotá.

Verani, Hugo (1986): *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica* (Manifiestos, proclamas y otros escritos). Roma: Bulzoni editore.

Vergara y Vergara, José María (1969): “*Las tres tazas*”. En: Cuadros de costumbres. Cali: Carvajal & Compañía, pp. 72 – 101 .

Vidales, Luis (1985): *Antología poética*. Medellín.

Zalamea, Jorge (ed.) (1942): *Hojas de Poesía. Farsa de los Pingüinos Peripatéticos*, por León de Greiff. Bogotá.

Notas

[1] Versión traducida y modificada de mi ensayo König en Rössner (1999: 510–539).

[2] Verani (1986: p.9). Ver también Charry Lara (1988: p. 21).

[3] Vergara y Vergara (1969: 72–101).

[4] Mora (1972: p. 243).

[5] Ibid. p. 243.

[6] Gutiérrez Girardot (1982: 445–536; esp. p. 453–461).

[7] Cobo Borda (1980: 136).

[8] Eduardo Castillo en *Lecturas Dominicales*, Vol. V, No. 111, del 28-6-1925.

- [9] Lecturas Dominicales No. 152, 6-6-1926.
- [10] CROMOS, Número 202, del 20 de marzo de 1920. Volúmen IX, p. 145.
- [11] Ibid.
- [12] Ibid.
- [13] Ibid.
- [14] Comp. Rodríguez Morales (1995: p. 50).
- [15] Lleras Camargo (1976: p. 7).
- [16] Rodríguez Morales (1995: p. 235).
- [17] Loaiza Cano 1995.
- [18] Loaiza Cano (1995: p. 136).
- [19] Así lo caracteriza Augusto Ramírez Moreno en su libro *Los Leopardos* , p. 214.
- [20] Universidad, No. 86, del 16 - 6 - 1928.
- [21] Lozano y Lozano (1956: p. 249).
- [22] Comp. Fernando Charry Lara (1988: p. 19 s).
- [23] Cobo Borda (1985: p. 73 s).
- [24] Comp. Gutiérrez Girardot (1982: p. 490).
- [25] Ver arriba p. 1; *Los Cafés Literarios. Literatos de Café*.
- [26] Ver en este respecto en el mismo lugar mi ensayo “Produktions- und Rezeptionsbedingungen von Literatur im Kaffeehaus in Bogotá (1890–1950)” (“Condiciones de producción y recepción de literatura en el Café en Bogotá (1890–1950)”); en Rössner (1996: 510–539).
- [27] Reimprimido en Arciniegas (1996: 149–151).
- [28] Sabogal (1995).
- [29] Arciniegas (1996).

[30] de Greiff (1995: p. 80 ss.)

[31] Ibid. p. 13.

[32] Ibid. pp. 15 ss.

[33] Juan Luis Mejía A. en su Prólogo de la Edición Facsimilar de Panida.

[34] Maya 1982, Tomo II, p. 215.

[35] Comp. Charry Lara (1985, 1988); Gutiérrez Girardot (1982); Fajardo (1991) et al.

[36] Lleras Camargo et al. (1976: p. 7 s).

[37] Ibid.

[38] de Greiff (1995: pp. 80 ss., esp. p. 83).

[39] Zalamea (1942).

[40] de Greiff (1986. Tomo II: pp. 222 s.).

[41] Charry Lara (1985: p. 64).

[42] Comp. Eduardo Carranza en A manera de prólogo en Vidales (1985: p. 5): “Los tradicionalistas fanáticos y todo el conservatismo literario registró notoriamente la defunción de la poesía”.

[43] Vidales (1985: p. 57 s.).

[44] Gutiérrez Girardot (1982: p. 493).

[45] Vidales (1985: p. 27).

[46] Ibid. p. 101.

[47] Lecturas Dominicales No. 149, Vol. VI, del 11-4-1926 pp. 375 s.

[48] Comparar Charry Lara (1988, pp. 76 ss.

[49] Tejada (1977: p. 159).

[50] Loaiza Cano (1995: p. 75).

[51] *Ibid.*: p.133.

[52] Cobo Borda en Tejada (1977: p. 22).

[53] Tejada (1977), “La ciudad”, mayo 15 de 1918, OC, I, p. 174; citado en Loaiza Cano (1995: p. 51).

[54] Comp. Loaiza Cano (1995: p. 95, nota 4).

[55] Lleras Camargo et al. (1976: p. 8).

[56] Arciniegas (1996).

[57] Lleras Camargo et al. (1976: p. 23).

[58] Lleras Camargo caracteriza las caricaturas de Rendón: “(la línea era llevada) a la más grande simplicidad y a la penetración más astuta y mordaz de la psicología de ese mundo político, en el cual agonizaba, impotente, la hegemonía conservadora, que para nosotros resultaba insostenible, con sus personajes solemnes” , *Ibid.* p. 8).

[59] Nueva Historia de Colombia, Vol. IV, p. 346.

[60] Lleras Camargo et al. (1976: p. 10).

[61] *Ibid.* p. 8.

[62] Horacio Franco en Alberto Lleras Camargo et al. (1976: pp. 35 ss.).

[63] *Ibid.* p. 10.

[64] José Mar, en *El Espectador* del 6 - 12 - 1960, dijo: “Puede ser una paradoja, pero tal vez no sea un disparate decir que a Ricardo Rendón lo mató su victoria”.

[65] Muñoz en Cobo Borda (1987: p. 28).

[66] *op.cit.* p. 30. Forero Benavides en Cobo Borda (1987: p.36).

[67] *Loc. cit.*

[68] Gutiérrez Girardot (1982: p.503).

[69] Comp. el relato de Carlos Martín en su contribución “Así nació Piedra y Cielo” en Martín (1995: p. 31 ss.).

[70] Ver Charry Lara (1991: p. 340).

[71] Arbeláez en Sabogal (1995: p. 73).

[72] Gutiérrez Girardot (1985: p. 522).

[73] A continuación se cita según la reimpresión en Lozano y Lozano (1956: pp. 337 – 350).

[74] En entrevista telefónica conmigo, el día 22 de junio de 1996.

[75] Charry Lara (1991: p. 346).

[76] Arbeláez en (Sabogal 1995: p. 74).

[77] Carta que me escribió Rogelio Echavarría del 17 de mayo de 1996.

[78] Arbeláez en Sabogal (1995: p. 83).

[79] Comp. la polémica p.e. en Suplemento Literario del 6-2-1949, “Alegato sobre la Poesía”, Semana del 2-4-1949 “El Lío de los Poetas”.

[80] Arbeláez en Sabogal (1995: p. 95).

[81] Ibid. p. 97.

¹ Brigitte König es alemana con estudios en inglés, francés y español. Tiene trabajos y publicaciones de traducciones de textos historiográficos y críticos. Ha cursado estudios en las universidades de Bamberg y Munich (Historia, Filologías Germánicas y Románicas); Maestría de la Ludwig-Maximilians-Universität de Munich en Filología Románica (lingüística y crítica literaria), Literatura General y Comparativa. Diversas publicaciones de ensayos de crítica literaria; participación en proyectos de investigación (Cafés literarios/Literatos de café, La nueva novela histórica latinoamericana, Poscolonialismo y Lugares de Memoria). Doctorado de la misma universidad. Tesis de doctorado: *Speech Appeal. Metasprache und fingierte Mündlichkeit im Werk von Mario Vargas Llosa (Metalenguaje y oralidad fingida en Mario Vargas Llosa)*, publicada en Tübingen.